



8.000

BYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA
Donación A. MORENO

2927

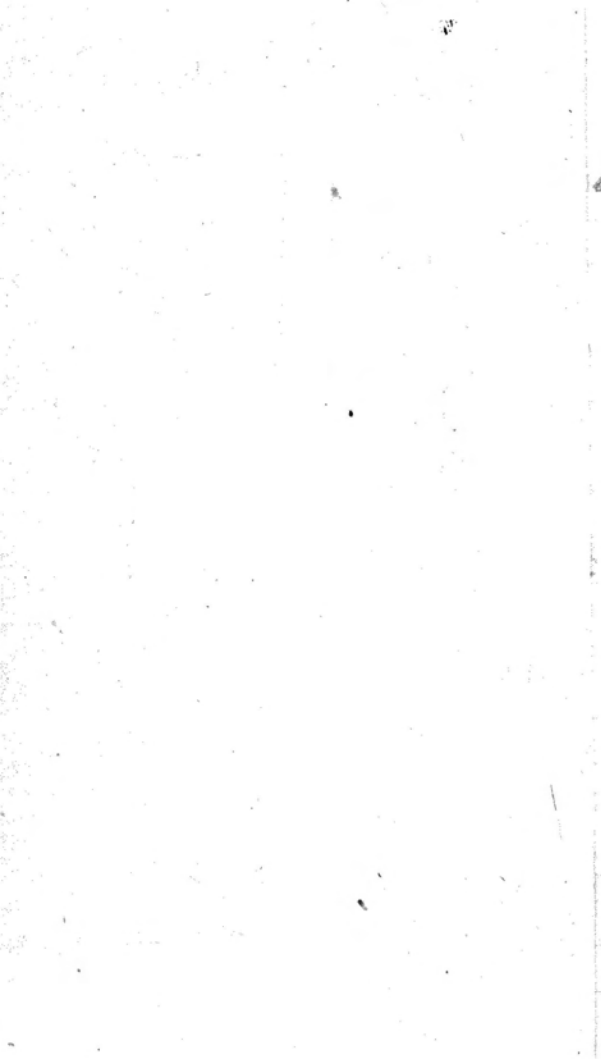
~~W. H. H. H. H. H.~~

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPESA

Donación: A. MORENO

2928



Teatro. Volumen VII

Francisco Villaspesa

2120

el Intruso

(Drama en un
acto y en prosa
original de
Coelho Netto)

Arreglo castellano

de

AYUT.º ALMERIA

F. VILLASPESA

Donación: A. MORENO

Francisco Villaspesa

Alegrete

15 de Febrero 1929.

Personajes.

Solange.

Lucia.

Pere.

Marcela.

Raymundo.

El Doctor.

La accion en Paris
en 1918.

Acto II.

Sala burguesa. Puertas laterales y al fondo. A la derecha una chaise-longue.

Escena I

Lucía (sola, arrodillada junto al chaise-longue, juega matrisomamente con su muñeca. En voz baja y medrosa.

No hagas ruido que ellos andan allí encima. Si sospechan que estamos aquí, en laodega, baja y hacen con nosotros lo que hicieron con la vieja Juana. No viste a la pequeña Guechula con las manos cortadas? Quieres que ellos te hagan lo mismo? Entonces? Muerte, ¿verdad? (Mira a la muñeca, un momento. Señalando hacia el techo. Voz sorda) Estás oyendo a los ellos que derriban los muros para robá? En un estremecimiento. Ah! Ahora como las bala, están cayendo las bombas como... (Contando las

manos de la muñeca (dulcemente)
que, María, llena eres de gracia, el
Señor es contigo. (el resto de la
oración se apaga en un balbuceo)
Ahora duermes...; ¿Qué dices! Con
turrondo, en voz tremula;

- Lavandera, ¿qué buscas?
- Agua limpia en que lavar!
Los del río son oscuras;
por follos de sepulturas
los muertos se ven flotar.
Me voy a orillas del río
tal vez en sus ondas vesal
quede mi ropa lavada.
(Repite) Así. (continúa mirando
a su muñeca) Mas los ojos se le
van llenando de pavor y yerran
desvariados por la casa. Levanta
base, despaquito, y, caminando
de puntillas, inspecciona los rin-
cones de la sala y copia a los
puertas. Estrepto en una ven-
tana a la derecha. Vuelve
en un momento; queda un mo-
mento como atónita de terror.
El ambiente de María Jackson.

lenguaje, toma la muñeca, la aprieta
al pecho y mira alrededor, enfrentando
va al fondo, mas retrocede boquiabi
erta, como delante de una aparici
on, y, con un grito de pavor escam
se entre los pliegues de una cortina, en
donde queda titilando, en respiraci
nes asombradas, ; M 29.3, Mam!

Escena II

Lucete y René. (René, atrás po
la derecha, desparovida y
no viendo a la niña, la llora
a gritos). Lucete, Lucete. (Ge
gelia por la respiración con salt
ante y, descubriendo a la puer
la tora hacia si, sacudiéndola
para despertarla). ; Lucete, Luc
te? (con la voz agitada) Lucete, ¿
ha sido? ¿Que tienes? (Lucete con
tema temblando, mirando vop
mente) ¿Que hasido? Blabla...
Lucete (apuntando hacia la
reparación, voz sorda) Un tiro.
René, ¿Dónde? Un tiro, dónde? (en
un silencio). ; M 29.4, Mam!

no vienen por acá. Nosotros estamos
en París... ¿Por qué te espantas? (Lucrecia
levanta la mirada como buscando al-
guna cosa en el techo) Es allí en ai-
ma? ¿En mi edad es ese? No ves las
calles llenas de gente y los jar-
dines llenos de criaturas? ¿Enten-
des? ¿Quieres ir al Luxemburgo los
Sábados? (Señal negativa de Lucrecia)
¿Por qué? (El mismo juego).

Escena III

Las mismas, Raymundo y Solange.
Raymundo y Solange en-
tran precipitados corriendo por la
izquierda. Solange abraza a
su hijo, le cree dentro a
llorar en la cabeza escondido
en el seno materno.

Raymundo. ¿Qué fue lo oíste?

Solange. ¿Qué fue?

René. Asustado sin saber porque
dice que oí un tiro allí. Fue
en la terraza, la ventana me golpeó
el viento.

Raymundo. ¿En la terraza? ¿En la terraza?

Rene, Buena noche. Apenas me di
trazo ocupada en el servicio, hoy
y viene a meterse aquí.

Salange, ¿de que tiene miedo?
¿primero hay nada...

Rene, ¿y ella. Ella se viene ahora
conmigo. (a Lucete) Vámonos.
Lucete, No.

Salange, No puedes ir con René.
Lucete, No.

Raymundo, ¿quieres ir al Hospital?
Salange, ¿quieres?

Lucete, ¿tienes?

Raymundo, Ahora no puedo. Es
tuy esperando al médico.

Lucete, ¿quién está enfermo?

Raymundo, Tu mamá.

Lucete (sacando a Lucete en Salange
con un mirar desconfiado) Mamá

Salange, ¿te tus amiguitas te
están allá esperando.

Lucete, ¿y ellos aparecen?

Salange, ¿ahí?

Rene, Ella habla de los señores
límites.

Raymundo, ¿de qué hablas, René?

aparecen de noche. De día
no hay cuidado. No hay peligro.
Lucete. Yo acierto a lo lejos.
Solange. Cuando?

Lucete. Esta madrugada.
Raymundo. Cuando?

Rene. Es pronto. Tienes cada
quien. Ahí se queda siempre
que le cortaron los brazos.

Raymundo. Ellos no vienen
aquí. Estate tranquila.

Lucete (con intención) En ter-
mino de días lo mismo.

Raymundo. Ah, en términos
de!...

Lucete. Aun hoy mismo hoy
después ellos están cargados
de aquí.

Solange. ¿Cuánto te lo doy?

Lucete. Un peso.

Rene. Es el viejo que por la
día, en el jardín dando migas
de pan a los pollos, y a
los gorriones.

Raymundo. Y tú, con certeza, ve-
rás lo mismo. ¡Tanta ad. No es

en el otro que ella anda a
Rene. Mas el viejo en habla con
la niña, no habla en serio. Es
solo en las palomas y los porri-
nos. La gente se rie de el.

Lucete (en ~~el~~ ^{el} ~~el~~ ^{el}) no quiere ir
al jardin. Este frio. Voy a jugar
alla adentro. (Baja la cabeza y
va saliendo por la derecha, segun
de la Rene. Los padres le com-
pasion en la mirada)

Escena IV.

Raymundo y Salome
Raymundo (pasando por la sala
visiblemente preocupado) No está
bien. No está bien. (mueve la
cabeza en gesto negativo) Esta criatura
no debe quedar sola.

Salome. Yo no puedo andar tras
ella, bien lo sabes. Que hace
Rene?

Raymundo (determinado) No
puedes andar detrás de ella. (Le
mira frente a frente, después pa-
ra pasarla a la vez mas violenta)

Silencio incomodo). Tu fu: son
modos de ver las cosas. Unos se
matan, como los jovenes de ollali
nas; otros se resignan.
Salange (mirandole fijamente
te, con seriedad) Tu crees que
la suicida de ollalinas era una
honrada mujer? (Un momento) La
hija de Bruneau, el del correo, en
venenose por habersido ultraja
da por un bulano. En un
mundo de virtudes, no? Tu
la conociste muy bien, porque
la expulsaste de la fabrica. Pu
diese de todo sus pasos y trans
formose en una hermosa por
haber tomado una dosis de
arsenico. (Un momento de pausa)
Cuando yo te dije lo que me
aconteciera porque yo me diste
un arma o un veneno? En la
desesperacion en que entonces
me encontraba, ¿quien sabe!
Tal vez huben tenido valor
para matarme. Mas al contra
rio me desiste el veneno. Mas

las lagrimas, que me lavaron de
 la vilera, mas que la tibia amara
 roca de un espasmo mortal, hay
 piedras. Delante de ti yo soy solo
 la fragilidad que sufria; no te
 sentiste deshonrado, por que el
 muerto en vez de curarse, retri-
 bue. Por desde el momento en que
 comunicare mi amor, tu
 abris el plato. Porque? Que culpa
 tenia mi alma? La afrente co-
 pial con existencia de un alma
 que no dice a luz. Asi, no es
 contra la violacion, contra el ultraje,
 en lo que te revuelves; es con-
 tra la Naturalidad que la publica
 la naturaleza indifferente, fatal
 que acepta e incluye todo, los
 genocidios, sean los que fueren
 y no se da cuenta de ellos.
 Entonces, la muerte es una
 hipocresia, vista por culpa
 de considerarse un crimen el acto
 que se sublima en la mate-
 riedad. El vivo estorbo. Porque
 me da la vida, me da la vida

los jurados de la virtud. No
comprendo, Raymundo, no comprendo,
Así como no puedo llevar
de la memoria el horror de la
injuria que sufrí, tampoco me
siento con fuerzas para poner
en práctica lo que me aconsejas.
Que exiges de mí en tu ven con
un crimen. Me faltó coraje
para cometerlo. Me entregó
en tus manos. Mas de mí
lo fue su caso. Yo no debo
ser llamado a darte mi opi-
nión en este caso. Soy me-
dico. Adiós al hombre que me pro-
feso, y como no lo conozco,
adiós a su valor; mas adiós
a lo que está en mi carne,
en mi sangre, en mi alma.
No puedo, Raymundo, no
puedo! Nadie se apesora
a sí mismo. ¿No llamas
a un médico? Pues aquí estoy
Raymundo. Muy bien. Ahora
yo, con mis razones, lo expuso
al jurado. No existe tu muerte

ni la expio; no te hice tan proso la
injusticia de purgarte culpable
y en el berque te di un puro perdón
porque no te hiciera, ²⁹³⁵ ~~ni te hiciera~~ tu
Virtud. te besé, como a una, de
rodillas, una bandera de la patria
que volase hacia hereros del
campo de batalla, ellos sino un
di por ofendido en mi honor de
esposo. No por eso detesto a uno
el crimen, y, todo ver que me
a proximado a ti, siento lo que sen
taria si pasase por un sitio donde
se hubieran cometido un asesinato
o una infamia: el estorncimiento
que provoca la recordación de
un horror.

Salame. te repugno?

Raymundo. No; no es repugnancia;
es... no se, no se! (Pausa)
El miserable que te infamó es
este mismo que arrasa a pueblos
y fuego a nuestras ciudades, que
destruye nuestros templos, que
destruye a nuestros hijos, que
truida a las mujeres y niños.

tu no fueses ultrajada como
una mujer común; no fue
tu sexo quien sufrió la afrenta,
fue la familia, fue la Patria.
Y la Bélgica, ¿puede ser ultrajada,
¿perdona al invasor? ¿Le abre sus
labios? ¿Le entrega sus cuerpos y
sus minas? ¿Lo acepta en la co-
munión de sus hijos? No! La
Bélgica se debate en convulsiones
de heroísmo, reacciones en fu-
ria y rechazo al enemigo. Y, tú?
Tú estás resignada, sin contenta-
miento en la amestrada.

Salange 4º

Raymundo. Tú, sí. Tú! Eres tu
cuñado y carísimo, y esperas, en
dichas, el nacimiento de ese ser
que recibirás en los brazos, como
un bienvenido, si fueras daras
tus pechos, tu calor, tus besos, tu
bendición y fue ser, en esta ca-
sa, un hijo como Lucate, que es un
extraño a mi amor, mi hijo
hijo de nuestra honra. Y el? Ese que
viene? ¿Quién? ¿entre nosotros?

mis en la parandera de la casa
mi nombre, reventando la habitación
mente el atentado ciego contra
la familia y el martirio de
la Patria. Será un enemigo y
una refuerza y tú, a mandarlo
(convenientemente) porque ya
le avise.

Salange. ¿Y?
Raymundo. ¡Eh, tú! ¿A montón
arbores al que lo fueren, al otro.
Fier de pueblo por fuerza (Salan-
ge abre en su, le dio una cosa
de vergüenza. Comedia); Por
fuerza!

Salange (truidamente) Que
¿?

Raymundo. Que el aporram
fue la brutalidad, mas en
una crisis de placer, en un
confusa de volupuosidad. Ese
monstruo misterioso, el
pobre de tu hijo, el ore hijo.

Salange. (con un asomo de protesta)
Raymundo, que me lo voy a castigar
de castigo, como de siempre.

no me tortures. Oh, la piedad
de los hombres! destruyeron los templos,
apolladas, las ciudades, en fuego,
las edificaciones en ruinas, la matan-
za en masa, y no tienen pena
de un corazón herido. Tu mismo
lo dijiste: fue el nívator que
paso por mí, como ra pasante,
como un flojeto, por tierra, mar
y cielos: fue la guerra... ¿en
tiempos?... la guerra!... ¿enton-
ces? (Se le levanta)

Raymundo. La guerra... ¿tu
te abres los brazos al enemigo?
¿le perdonas?

Salomé. Yo? (Pausa corta) Oye.
Si yo pudiese separar mi
parte, cedería la otra a tu
odio. Mas aun hoy no se di-
vide. Como arroyos de mi cuerpo,
de mi sangre la parte de mi
alma que me pertenece, prom-
entregarte lo que es sólo del
otro? Como? ¿De qué manera?

Raymundo. Como? (Responde
Pausa) ¿Guardas...?

llevarlo al frente de la línea
un bordo de Quaws, por donde
cuando los aliados de 2937
la cabeza de estratagemas, levan
to en un clamor de odio, mas
cruscaronse rivoriles, petr-
ficados, con las armas abatidas.
Fue entonces, como uno de los
Quaws, temiendo en su a la
patria que a su vista, destas-
se de la línea, avanzó hacia
abrió el uniforme por el pecho,
y, murmurando, habló así, a los
Aliados que veían labrar, y
mudados. ¿Que esperan? ¡Fu-
go!

Salonfe. ¿Los aliados?
Raymundo, obedeciendo el
orden. (Con una sonrisa)
Salonfe (verecientemente) Yo
hona lo mismo si la corne
de mi corne se, por un caso
ellos el misterio es mudo.
Esena V.

Didos y Miccala, (Murmurando)
antes de la escena final.

carpetas en una bandeja una
carpetas, que presenta a Raymundo)
Raymundo (después de leer
la carpeta) dígame que pasa.
Es el médico. (A Solange. Mueve
cabeza Solange suspira y se re-
quiere en el respaldo de un si-
llón, sintiendo visiblemente.
Raymundo va al fondo, al
encuentro del médico.)

Escena VI

Raymundo, Solange y el
Médico. (que aparece por el
fondo)

Médico. Mil perdones, solo ahora
puede dejar el hospital.

Raymundo. Me imagino,
Doctor!...

Médico. No queden en lecho y
continuamos recibiendo heri-
dos. (Indicando a Solange)
¿qué le corresponde?

Raymundo. Al doctor Per-
thier. Mi mujer. (Cumplimen-
tos. Sentase Solange se man-
tiene en silencio.)

noticias de su hijo, Doctor?
El Médico. Si, tiene, ha días, una
carta de Iser. Está bien. (Co-
una sonrisa) Bien, me han traído
clara, este año en miave. (Se
lance levanta la mirada)
Solayre (en voz baja) El Doc-
tor, tiene un hijo en la guerra?
Médico. Tiene dos señoras... El
ma y por un cruce de Saint Cyr
Raymundo (barruntando) De
Saint Cyr? (Barruntando afirmando
del Doctor) En Charleroi
Médico. En Charleroi... (Solay-
re, cruza los brazos, e indaga)
En Charleroi se estropea de horror
El Médico, en un momento in-
movil, con la mirada perdida
Raymundo va a cerrar la puer-
ta del frío)
Raymundo Los hijos! Los hi-
jos! La muerte! ¡pobrecillos!
Las escenas de Termonde gra-
varon en terror en su mente
Asistió, no se como, al fusilamiento
de una... y en la... y en la...

de recomendar que no en dejen
solo. Es preciso atender
siempre la realidad
delante de los ojos por que no
sea el pasado.

2939

Medico. Exactamente. Conviene
mantenerla siempre en
acción por que no se con-
trae, frena y vivir en tanta
mente librandola de los recuer-
dos. El ser humano, cuando
le falta aquello de que carece,
lo saca de si mismo. Asi el
hombre enflaquece por que se
deja; el solitario tiene alu-
cineaciones, por que vive solo;
el fríente europeo pierde su
viejo propio cuerpo, por que se
deja. Nosotros tenemos recuerdos
por todas las miserias físicas
y morales. El recuerdo es una
de las, y vive en el subterráneo
de la memoria donde, inter-
lirmente, solo hay cadáveres y
ruinas.

Solamente el recuerdo es el

que es como el sol de la med.
noche.

Medico. Sol palido sobre la
nieve. Dices bien, mi seño-
ra. (Consultando al reloj,
en un baji a Raymundo)

Estoy a sus ordenes.

Raymundo. Solange!

Solange (como despertando) Quien?

Raymundo. Dile al doctor...

Solange Yo? Pues no le dije?

(Al medico) El doctor no sabe?

Medico. Hablamos poco, señora.

A la hora en que su mando me

busco en el Hospital yo estaba

agobiado de trabajo. Se trata de

que Vd. sufria mucho en...

Raymundo. Termine.

El Medico. Si, en terminada...

Raymundo. Habla. Cuéntale

todo...

Solange (después de una vacila-
ción) El señor, conoce a Termonde?

El Medico. No, señora. Nunca sali

de Paris.

Solange (murmurando con voz en lo-
ro)

alrededores. A pesar de la ocupación
de la ciudad vivíamos relativa-
mente tranquilos con el pretexto de un
operarios a una patrulla, comien-
saron a barbotear nuestro desti-
to. Mi mando había salido.

Raymundo. Fui a la fábrica. No
podía ni imaginar lo que pasó.
Solange. Yo me hallaba en la casa
en la pequeña y una vieja criada
cuando comenzó el horror. Fue ra-
pido como un estallido. El ruido
me llevó a una ventana. La abrí,
miré a la calle. ¡Nadie! Una
nube de polvo y humo envol-
daba el aire, y de instante en
instante, aquí y allí, explotaba
un obús; otros pasaban en el aire
la tienda como una lavina de
hierro. El medio frontón del
nuestro rebento en llamas; otros,
más abajo, estallo como una
mina. Nuestra tejada se estremeció
aterrada, en un desvarío, tiré a la
pequeña de la mano, llame a la
mi madre y a mi hermana.

de un hombre, un hombre, a lo menos
do, cuando, de un estruendo ha
sible, comprendi' que la casa ha
ría sido alcanzada de pleno. Y
durante mucho tiempo, vi un
como rodar de piedras, a espas-
ios trágicos retumbante, y de
continuo, ora lejos, ora cerca, y
a veces como rodando en las pro-
fundidades de la tierra, el re-
tronar del cañonero. Temblan-
do, apretando el llanto de la niña
conteniendo a la vieja que tinte-
ba en un rincón, toda encorvada,
allí estuve, no sé cuánto tiempo.
La pequeña jugaba de sed y de
excesos de trances, casi me sofoca-
ba, abrazándome conmigo, tan en-
querida que hasta llegó a me-
derme. La vieja refunfuñaba
en sollozos estrangulados. De
repente se puso a llorar, a gritar,
la llamé procurando calmarla.
Fue peor. Miró la cámara
y con palabras mías respondía con
un grito estrepitoso.

el médico (conigo mismo), y el hombre
Raymundo. ¡Horrible! 2941
Salgo. Y luego, la obscuridad,
la humedad, las ratas... (Peque-
ño paym) De repente las escaleras
estalló, crujió, un tilde de luz las
iluminó, los escalones, alargándose por
el suelo negro, y distinguí bultos,
irrelucir metálicos, y vi un tintina-
de hierros, y voces ásperas. La vieja
se puso a gacuir, como un porco
en largos estroncos vacantes.
Las ratas precipitándose, en desban-
do de los, tirándose hacia mí pa-
sando sobre mi cuerpo sin fricción
horripilante. Llame, muy bajo, a
la pequeña; tótele en torno mío,
y nada. Desapareció. Como?
¿No se ve? El ruido de un m-
vil histérico me miró; fijóse
en la vieja y yo la vi entonce.
Estaba curvada, abarcando los
piernas de los brazos, y la cabeza
sujetada entre los rodillos. De su-
bito, un grupo de señores la rodeó
fue un son de... y ella se...

guida, un cambio de agonia
y otro grito largo, trémulo, agudo.
simb. la vibración de un subterráneo
ento intenso, grito que parecía
salir de la boca de una herida
tanto dolía. (Estreñeca, sobrián
dose tremendamente el aire,
como en un escalofrío) Después el
silencio, entado por risotadas
y tintineos de aceros. El rayo
de luz moviase en todos di-
recciones. Uno de ellos restregó
un fósforo, encendió la pipa, y
yo le vi el rostro largo, bermejo, de
un catadura de demonio, pa-
recia. Obscuro de negro, y de
cuando en cuando, una lambré-
latia en las tinieblas, y el rayo
de luz continuaba errando, enge-
nándose y estorandose como un
tentáculo. Lo senti de lleno
sobre mí. Tuve un escalofrío
y empujé todo, conteniendo
la respiración. Estaba desen-
brieta. Escuche risotadas dia-
bólicas...

Medico. Y eran risotadas?

Salazar. No se. No sé. El rayo
luz barrió el suelo, en torrip
aproximose, y vi un apo de fuego
que avanzaba mirándome fija
mente. Quede deslumbrado en la
vista abascon. Cerré los ojos doloridos
Entonces... (Se detiene un momento)
Entonces apa. como me barrió
de nuevo, un halito alcoholico que
mome el rostro, una "or aspe
ra nupia. Deboline, intente mor
der, quite desesperado de mi tez.
No se... No se mas... (Se pasa la
mano por los ojos, y se levanta
imprudentes mirando en torno su
yo, desvanecido. Por ultima, en
un arrebato de angustia, se de
ja caer en una silla) No se... No sé
el medico. Y despues?
Salazar. No sé. Al volver en
mi casa... como me estaba
enterrando me fustelo el ave
tenia en el cuello una impre
sion de... (Se sienta y
reclina toda la cabeza en su pa
a llorar. Glor... tiene un...
tumbado y... rata

comienzo, como leas. Arrastrame,
troteando, y en voz baja me
puse a llamar a la vieja y a
la pequeña, ¡Nadie me respondió!
El medico. Y como consiguió salir
varas?

Raymundo. Fue yo quien lo
descubri. Regrese a casa a la noche,
cuando cerró el comercio. Toda la
manicaba era una ruina. Entre
en lo que fuera mi hogar, y
al momento puse en la boca
de la, puse desde fue con
mó la cilvasin, hablando en
la posibilidad de ser atacado,
pensados siempre en la bodega
como ultimo refugio. Desenc
di a ella, y alumbandonme
en un mechero, empuje
a bajar, llamando a fam
des voces. Tropecé en un cuer
po: era la riza, en un paso de
sangre, acribillada a estrope
Solange estaba mas adelantada
un orion, demorendose. La pe
queña fue la ultima en apar

multa entre unos y otros, fna, como
se te oye en dicentes. Estuvo que de
un mes mudo... 2943
Solange, si el no hubiera tenido la
idea de buscarla, me la hubiera
yo hubiera muerto allí de miedo
y de frío.

El Médico. Es horrible.

Ray muredo. La guerra es eso...

El Médico. No, la guerra no es eso,
es eso. En fin. ¿Qué ha de ha-
cer? (Pausa) Pues, señor, es neces-
ario dejar París inmediatamente
y irse a vivir a un
lugar seguro y aquí se vive en
un ambiente de guerra. Aunque
estamos seguros de la victoria,
hay siempre riesgos, sorpresas,
a cada instante una noticia pe-
or, toma bulto y se avorru-
genando el pánico. Salga quan-
to antes y llevase a la familia. Por
que una pequeña ciudad del sur,
de clima suave y vida sencilla, y
les garantizo que allí se vive co-
mo en la ciudad de la paz.

Raymundo. La pequeña, Doctor, es
la pequeña... en probablemente en
para Arles, donde tengo ponien
tes, mas mi mujer?..

Medico. A Arles, me parece muy
bien..

Raymundo. Mas, ya no repaso...
No ve que mi mujer.. (El Medico
mira Salanga, que baja la cabeza
y, en una rápida mirada de exa
men)

El Medico. Si, señor, pero tiene que
ver eso? Si hasta le conviene el
viaje.

Raymundo, (desanimado) Mas...
Doctor, es que es del miserable
(asombro del Medico) Si... del sub
dado!

Medico. Como?

Raymundo. Es del miserable
(con los dientes cerrados) El señor
enrabiado... Eso no debe ser! No
debe ser; no es verdad!
Salanga, (en un grito del alma)
mas que culpa tengo yo?

Raymundo. Es un caso...

da, de legítima defensa. ¿Qué
es ese crimen? ¿No p...? ¿Se
donde viene? Es un enemigo, viene
de la infancia a instalarse en el
hogar de una familia honrada.
¿Se haer? ¿aceptarlo? ¿recibirlo?
adoptarlo? ¡No! no! Rechazarlo.
El Médico. Como?

Raymundo. Como? (Salange clava
en el médico una mirada ansiosa)
Ella fue precisamente por esto
para lo que recurri a Ud. Doctor.

El Médico. ¿Por qué?

Raymundo. Eso no debe usted y al
vd. Doctor.

El Médico (tranquilamente) Este
es un caso muy serio.

Raymundo. Como?

El Médico. Soy médico.

Raymundo. ¿Subvenciones?

El Médico. Depende mucho de la
muerte.

Raymundo (demonstrando) ellas
ayudan a la vida de la vida.

El Médico (sonriendo) ¿Cómo no? (Salange
se levanta y se va hacia la puerta)

Raymundo. Dimever?

Uy, se. Tene esta blonda.

Raymundo; no es nada... quietate. Pte.
cib de te. (al medico) mas, enta er
es?

El Medico. El señor debia haberlo
diciendo a un juez y no a un
medico. Yo no cuido. Si hay
un crimen, nada tengo que ha-
cer aqui. Puedo reportarlo; alo;
dijalo, no.

Raymundo. Mas cree Ud. enta en-
ces que debo recibir bajo mi
tenda, y dolo mi nombre, al hospital
del soldado, a la villa de cada
infancia la dolo en mi hon-
or?

El Medico. Es una vida; dejela y
pase manifeste y despues
expulsa. Puede reportar mi
nombre, sus cuantos, mas, no
lo puede por lo de la ley
de la ley natural: el
derecho de existir. Mi deber
de medico es salvar la vida
de la dolo; no, si no por lo

so, con el sacrificio de la vida.
Raymundo, ¿no le deditos pa-
sa la línea de fuego y, doctor,
le dejaría el peso franco al ene-
migo, coherente con sus principios
de filantropía?

El Médico, en la línea de fuego
yo sería un soldado, defendería
una vida por la cual se baten
nuestros hermanos; la vida de la
Patria. Y allí están también
sacerdotes, misioneros y ma-
tarse como los antiguos tem-
pales. Si yo hubiera sido llanero
de por sí, señor y lo encuentro
en el peligro de muerte, no
vacilaría en sacrificar el filo por
su salvación, y, así, lucharía
aun por la vida defendiendo
lo más útil que hay en este
caso, no. Comprendo su deseo
permanente, su odio, sus rasgos
fuerza y confianza en su orgullo
glorioso.

Raymundo, ¿no, entonces, el
doctor?

El Médico. De Poní. Y ya te dije
que mandé dos hijos por la jue-
rra, y, a pesar de mi edad, no fue
llamado por los armas, marchaba
o a intentos.

Raymundo. Y todavía defiende al
hijo del onceno!

El Médico. Afirio hoy onceno.
(Pausa) Dado que Vd. fuere juez
y tuviese que sentenciar en un
crimen de asesinato a' favor o en
detrimento; al asesino o a la mu-
erte?

Raymundo. A la muerte... Con-
denar a la muerte. El Doctor
tiene Sport.

El Médico. No tal. Saco el argu-
mento de sus propias pala-
bras. Pues Vd. no está condenan-
do la vida? Fui responsable
es la muerte que vos lleva-
is la vida que vos trae.
(Un momento) Seré en la
"Cruz Roja" y traté a innume-
rables, oltos, enemigos re-
gidos en el campo de batalla. En
los vol. del Hospital y allí se en-

antiestado van a salvo como los
suplicantes antiguos cueros de
así lo van en los tiempos. 2946
cumplia el deber por la flama
arididad exigía de mi honor. lo
piedra tiene también sus herve
aridos. Guiso así piense no arro
cara del seno de una madre
una existencia por cubercula
al odio. (Entre testeros de duelo
a la derecha, Salome se levanta
sobresaltada: Raymond se pre
gunta hacia la puerta de la dere
cha).

Raymond. ¿Qué, Ray?

Raymond. (fuera) Es la reprensión.

Raymond. ¿Que le pasa?

Raymond. ¡Mamá! ¡guerra!

(Salome sale precipitadamente
por la puerta de la derecha).

Escena VII.

Raymond y El médico.

Raymond. Es la reprensión a
cada momento lo como lo
misma.

El médico (saca del bolsillo

un flor, es un ser vivo, es un ser vivo y
se le entrega a Raymundo.) Un
calmante; no, lo mejor es salir
con ella al campo, dejarla suelta
en libertad, al sol y al aire.
Paris no le envidia. Y en este
estado puede agravarse. (Se
pone a calentar los frentes.)

Raymundo. Intérprete, decidle
siente, doctor, no atienda
mis peticiones? (Refrenando del
medico) Mas...

El Medico. ¿Que dice su señoría?

Raymundo. ¿Que dice su señoría?

El Medico (moviendo la cabeza
en negación) No. No.

perdi de vista mi cargo, comencemos
vamos. Y no podría pensar de otro

modo: es madre. La maternidad

no es un privilegio humano; es
el orden natural, un principio

y no una convención, una de
humor. Ved como esto al atem

badorella está bajo el prestigio
de la ciencia. Si en la concepción

do escupuloso, le arrojaba
hijo de las entrañas, 2947
a ante sus ojos, mas monstro
so fue el bruto que le vió en
los trincheros. El, al menos, ha
mitado una vida, que clasi
ficate ligada a la suya y que
yo le arrojaba.

Raymundo. Vd cree que un hombre
debe renunciar al ultraje, a ex
torsi como legítimo al boston
do de la infamia?

El Médico. Yo me dirijo tal a
terro, apuro, que me rentra
ción de vida, me rentra
que se le transforme el seno,
desde la vida, en
una vida de sacrificios. Se
obusco la reputación de
Salomón, ante una, me
siempre nueva. Vd asiste
sin indiferente al golpe;
ella, no!

Raymundo. Con tal doctrina
Vd justifica el a la vida
en un momento.

El Médico. La adultoria es
un caso moral, un caso de
conciencia. La adultoria se
deprueba por su inhumanidad
en el crimen, cayendo de he-
re el en los ojos abiertos. En
el presente caso, no! Su seno
roa bajo la torpe bru-
talidad de un bárbaro
como hubiese caído bajo
un puñal. Es una víctima.
Vd no le acusaría de fla-
pues si ella tomase
a sus brazos alorcedo
en los venos cortadas; ten-
dría piedad de sus sufrimien-
tos y pensaría caritativa-
mente en sus heridas. Y
porque le tortura más
en el martirio de la mate-
ridad? Que culpa tiene
ella de no haber acabado
a pesar de su verdugo
como la víctima que fue en on-
bom a piedad, en la
boda...

¿Vd cree que esto
Raymundo. ¿Vd cree que esto
 entrometiere en la situación
 que va a ~~creer~~ crece advien-
 tis? ¿Quiero la retribución? ¿Quie-
 ro recibir el mundo? ¿Que pue-
 da le ~~sea~~ de dar en la familia
 al lado de mi hijo?

El Viejo. Eso me encargaré
 de recordarle.

Raymundo. Aceptando al
 extranjero, o mejor, a adaptar-
 le, pretendo el crimen del
 miserable y exponer la man-
 cha de mi honor a los ojos
 de todos. Cree Vd, don Dr.
 que la sociedad se compe-
 decen de mi infamia y
 me absuelva del ultraje de
 que fue víctima mi mujer.
 No; la sociedad es cruel. Me
 da risa, y el hijo del solda-
 do será siempre mi oprobio
 el oprobio de todos mis
 amigos, de mi familia
 de mi hijo, que me odia.

en el, lo foda por la mujer
materna, me detestando lo que
los fotes de mi sangre. El
Doutor insiste en aplicar la
leyes de la Naturalera.
Son ellos los que gobiernan,
y son sus impulsos a los que
obedecemos. No? La Ley di-
vina, o natural, como quier
llamarse, son esas fuerzas
propulsoras, me corripida
y regulada por el hombre
que vive en la humanidad,
y no en la Naturalera, entre
gato a su intento. La hom-
es también un principio
repulsor de la vida de
la familia. Si ella fue
Jesús el poder. Un arre-
bol de de todo p. D. N. S.
Armonía, tiendes, a la
manera de los hombres.
(Un movimiento) Y, di fane
si en vez de una mujer casada
la víctima fuese una virgen
como la hija de V. D.

El Médico. Ya estamos como de
di en un caso. No me 2949
con el estado de la mujer, sea
con la vida de que ella se de
situa.

Raymundo. ¿Tiene la desgracia
de una doncella...

El Médico. Como?

Raymundo. En un momento
en el momento.

El Médico (con tono irónico) Ah
comprendo, comprendo... (bromea)
Yo debía matar al in-
fante por que despreciare el
quiere dímelo, pudiendo a
la mujer mentar a un
hombre, con una complicidad
Es una de las muchas cosas
que se hacen de la hora
No lo voy a decir. (Toma
el sombrero)

Raymundo. Perdóneme, Do-
ña...

El Médico (mirándole fije-
mente) ¿A qué se refiere
entonces? ¿A qué se refiere?

Raymundo, si; aun en la bode-
ga; fue lo primero que me dijo.
El medico, y Va, que bien
entonces?

Raymundo (con colera roja) Si
hubiese encontrado al me-
dico lo habria estrangulado.
El medico. Y a ella?

Raymundo. A ella? ¡Es-
cita!

Medico. Lo fuiste, dice bien
y si lo era en aquel momento,
mucho mas lo es ahora. (un
momento) La ley llevo a
levantar la espada contra
los espuesos de la fuer-
za, tuvo que bajarla ante
la Piedad, (Sereno, como un
pirado) Espere la victoria,
en el dia en que reviva la
oliva de la paz, renueva
tranquilamente, sin odio,
Monstru, los latinos, debemos
esperar entretanto de mi-
nistrar a todos lo, omne
des del mundo.

de Francia adoptaría a los apurados
y la Comidad los criará 2950
Sola del Aventino crió a los
dos hermanos, hijos de la
mental y de Marte, y es prohibido
que ellos vendan a vender, me-
tarde, el ultraje de que se hacen
Como sea, el día de mañana
Como viviera el hombre? En
ta fuerza va a modificar
profundamente la constitución
social. Que especie de socie-
dad se levantará en el juron
de los traidores? Exponemos
que a disipar el humo de los
batallas y que aporrecen
la Paz como ley del fu-
turo. No nos preocupemos.
La Bondad es la fuerza domi-
nante del Hombre, y el univer-
so que en el fondo de
nuestro ser divina. Y es por
ella, solo por ella, que el
hombre puede ser feliz. No
dice al Porvenir. (Fogues de
nuestro mundo a la distancia)

Escena VIII (Última)
Los mismos, Morale y Rene
(Morale irrumpe por la derecha,
asustado, llega hasta el centro
de la escena, donde tropieza
con el medico, se detiene y
trata de arrojar hacia la
derecha encontrándose con
Rene, que surge por la mis-
ma puerta, desahogada
y desparoida, con un vi-
dro en la mano.

Lucete (a la derecha, llorando
aflijidamente); Mama! Ma-
ma!

Raymundo (volviéndose, sobre
saltado) Que pasa? (Morale
se fucha en la puerta de
la derecha, como aturdida
Los otros se van mas
cerca.)

Rene. (mostrando el vidrio)
La señora.

Raymundo ¿Ah, fue fue?
(Comprendiendo, en un grito
de dolor.) ¿Quemó?

Lueta (a la derecha, desaparece
te); 'Mami', 'Mami', 2951
(Los coros, vibran como pasan-
do delante de la casa. Raymundo
se precipita hacia la derecha
Mónica y René lo acompañan
El Médico queda en expectativa
atenta. Oyese llorar...

René (pensando por la de-
recha) Doctor, mi señor le
está llamando. (Vuelve a con-
trar, el Doctor dejó el madero
sobre la estantería y se senta
nervioso monta los puentes
Raymundo (apareciendo por
la derecha, de inmediato, con la
voz estropeada) Acuda, Doc-
tor! Acuda... (Los coros se
van Alejandro Norte caer el
telón)

El Médico. ¿Que fue?

Raymundo. (a la izquierda) Un
terrible accidente de defec-
tuos...

El Médico. (a la izquierda) Un
terrible accidente de defec-
tuos...

to desesperado de Raymundo.
~~Subleandose~~ el crimen no
salva. Uno la violenta en
el cuerpo; otro la violenta
en el alma. No se cual de
los dos... (Penetra por la
derecha indignado, Raymundo
lo sigue abatidísimo)
Pene! (a la derecha, aflictiva-
mente) Señor!
Lucile. (en un grito lacerante)
¡Mamá! ¡Mamá!

Felton rápido

Alfrecte 18 de febrero
1929.

Francisco Villaspesa

2952

El Oraculo

(Comedia en
un acto y en prosa
de Arturo Azue
do)

Arreglo castellano
de

Francisco Villaspesa

Uruguayana 19 de
Febrero 1929.

Personajes

Elena. vna.

Nelson Abogado.

Budgero. Saltador.

Jose. Criado.

Epoa Actual

Acto III

Salon y al mismo tiempo
es el escritorio del abo-
gado Nelson Puente al-
fondo. En ventanas a
la izquierda y dos puer-
tas a la derecha. Estor-
tes de libros, Consolas.
A la derecha, cerca de
la puerta del primer
terreno, una gran me-
sa atestada de libros, pa-
peles, tintero, pluma, un
caja de puros, cetera, cetera. Be-
cote de la mesa, casi en el cen-
tro, una butaca.

Escena I

José, (solo) (al abrirse
el telon) ¿Dese esta repartiguel
en la paltrona, con un plum
so en la mano, sabiendo
un poco. Llegan lo que qui-
eran no habiendo...

que le de un estado de
un apogeo nico y sin can-
sas. Paso los dias en una
constitucion envidiable, sin
tener nada absolutamente
que que hacer, comiendoy
bebiendo de lo mejor y
fumando buenas puros.
El amor nunca esta en
casa y yo me hago la
cuenta de que todo esto
es mio! Permite Dios que
me vuelva nunca ver
amores en la dichosa
vidita! Mientras ellos
duren, duran! Tambien
mi felicidad! Y por que
no le de de durar? La
vida es extraordinaria-
mente bonita y no
de debe costar al amor
grandes sacrificios, porque
ella es tambien muy
rica (señal de dinero) y
es bien extraño que no se
case con ella. Viremos y el

Soltaro... Ma due mie libri
de fine se le accura... 2954
ero... Entrando una mujer
en esta casa, a los tranquil
lidad. (Tome de la mesa un
Jose se levanta) Quien sera?
Algun cliente! Lo dudo. Se
ria lo mismo que floreciere una
violeta en diciembre (Yendo a es
piar por la cerrilla de la puer
ta del fondo) Mas... no me
expañes ella! La violeta
Es raro! Es la primera vez
que viene ahora? Le ocurrira?
(Nuevo toque de la cerrilla)
Alli voy! Alla voy! (Abre
la puerta y entra Elena
deparatamente vestida, con
tote obscura)

Es cena II

Diego y Elena

Jose (inclinandose ceremonio
samente) Señora...
Elena. Buenas tardes, como
a algunas horas (y se va)

Jose (admirando a Elena)

no está en casa?

Elena. Terrible mucho en vol-
ver.

José. No sé, porque no tiene
horas fijas.

Elena. (Mirando fijamente)
Me conoce?

José. Como no, mi señora! Ahu-
der veces tuve la honra de
ir a su casa por mandado de
mi amo.

Elena. Si, es verdad.

José. Y aunque así no fuese,
bastaba ver todos los días
el retrato de la señora. Está
a la cabecera del lecho de
mi amo. (Señalando a
la puerta del primer ter-
mino) Allí, en aquella
alcoba.

Elena. Mi retrato?

José. Está parecidísimo
pero sólo le falta ha-
blar.

Elena. Salio' hall' seruido
tambien?

Yose inmediatamente después
de salir.

Elena. Ha estado enferma?
Yose. No, señora; está en perfecta salud.

Elena (Amelanchante) En
tonces, ¿por qué ha estado
diciendo que me apasce?

Yose. No se, mi señora.

Elena. Está usted. No puede
saber. No es de mi incumben-
cia... ¡ellos son nerviosos y así
habla usted!...

Yose (Cambiándole la melro-
na) ¿Por qué no se siente, mi
señora? (Elena se siente) Vd.

quiere que le vaya a buscar
una copa de agua con azu-
car y unas gotas de agua
de Eucalipto?

Elena. Por supuesto.

Yose. Como la señora dijo
que está usted con nervios...

Elena. Pues, si, acepto. (Yose se
quidina y sale. Elena se levanta
y se sienta en la cama.)

No voy a exponerla... Esta carta
de mí! Se deslizo el encanto.
Todo acabó!... Ya lo esperaba.
Hace muchos meses noto la
mudanza de su entusiasmo
de otros tiempos. ¡Ojalá ha-
bría sido por sus nobres
casos! Y pensar que he sido
yo, yo misma, quien se
he abierto! Me fue tan
sencillo como un primer
trémolo que no quise
repetir la suerte. Soy
lo suficientemente inde-
pendiente para no re-
nunciar a lo que puedo
decir... Se sienta y se levanta
de mesa, cada vez más
agitada... Winston es impropia
de que Nelson sea tan
infructuoso... Hace tres años
que le perdono, y nunca
truve otro amor, ni nunca
pensé en otro hombre... Se
desliza trayendo una copia
de la carta... Winston de

plata que presenta a Elena. All
tebe algunos ~~dorlos~~ muchos
gracias. (Tore va a colocar la ban
deja y la copa sobre una consola
de pino, Tore. (El se le aproxima
se llama mejor a...
Tore, Tore bueno, ...
a la señora.

Ulenz. Diggins. (Correspondence
done) No, no, no no change
made. (Asante) But I
don't know if you are right!

Excmo. Vd. puede estar seguro
de mi amor y mi. Hace mas
de dos años que estoy al
servicio del señor, y me
aplica en mi trabajo mi
deber.

Glenn, no seria correcto
entenderlo. No me da
que me asuste. Pueda ser
como me dices mas leve
un poco.

me: a ~~parte~~ de eu, posso
alguma. Monstruoso.

Señor. Que tengo yo que ver con
eso?
Don. Quiero verle apodado, y
le pido a sefuro que
me diga que me va a absolutamente
mente obre en esta
casa, que pueda causar
a Vd. lo mas su vida in-
mortal.

Señor. Bueno.

Don (indignante.) Intontado
si Vd. lo dice, ahora
desde hoy en adelante me
cuidado, y se lo com-
unicare a Vd. lo que sea.

Señor. Callese. Por que no
tome? Espirole? Nunca
tome de compaña. Solo
solo solo. Ser el?

Don. No, señora. El tigre del
mi amor, o mas energico
mas de amor de cada.

Señor. Intome, con algun
cliente?

Don. Seria un testimonio
delo. Solo? Solo? Solo?

de ocurrir! (Yendo a ver por
la cuenta de la Prueba No.
2957) No es un personaje
(Voluntario) Es un caballero
de mis conocimientos que
yo nunca vi por esta causa
Senador Ludgero Sanchez.
Clara. El senador Ludgero
Sanchez? No quiero que
me vea! Es un viejo amigo
de mi familia.

Jose (yendo a abrir la puerta
del cuarto del primer floor
no de la derecha). Quiera
Vd entrar por acá, mientras
yo lo despacho?

Clara. (Voluntario) En la
alcoba del?

Jose (voluntario) Que tiene
eso de patreños? Vd ya
está allí en fotografía. El
original está en su poder.

Clara (al entrar) Si el
señor me lo da Vd me
entregará al señor
Jose.

Heva. Juino causante era
sorpresa.

Yose. Y muy agr. dable. (He
va sale) alle porre que
el agua de asahos le
le sentaba bien. (Uuers
topne de compruilla) alla
voy! alla voy! (va a con-
la prouta del frute)

Escena III

Yose y Ludgero.

Yose (indignante). Puede pa-
sar el exaltisimo señor
senador don Ludgero San-
cher. (Entra Ludgero. Hom-
bre con septuagenario, mas
bien conservado y elegante.
Cabellos blancos. Guandalo.
Polainas. Viste un traje de
de la ultima moda, un pe-
co unipropio, tal vez, me-
re en edad. Trae un pape-
te en la mano.

Ludgero. Va una cosa?

Yose. Querile cosas! Miren
un hair, señor senador; Soy

Tue, Tue Sworer. el criado pa-
ra el trapo de la provincia.
Sudgers (Caso. Tercera. 2958)
Ah, Poi!... mi criado que, en vi-
via en el Hotel de la Par. En-
ta, expuso, tan vivo, tan in-
deligente, que venia traen-
te conmigo cuando sali de
la Provincia... Llegamos a
Mosú, y aquí me arreperí
de haberlo traído, y un
día te juse de patitas
en la calle... ¿No es así?
(Se sienta en la poltrona)
Jose. Aquí estoy por saber
el motivo de esa determinación
tuya, ¿por qué me fue un
desgracia?
Sudgers. Conocíame de que
tenías demasiado talento
para ser un simple criado.
Los S. ciut y los Crispies,
solo me agradan en el ho-
pital y en la Princesa.
Guerra de la guerra, que
resulta, siempre, la ya

esperaba, pero si es un angelito
al salir de mi casa, encuentro
nada, un cuerpo mejor. ¿Porque
no te empleaste en el comercio
de la vida?

Jose. No soy ambicioso. Me
afunda esta situacion, ella
considero colocada mejor que
un año.

Ludgero. Eres filosofo. ¿Porque
un un granujin de madre
mayor.

Jose. Mas granujin que
filosofo.

Ludgero. ¿Estas al servicio del
senor Nelson?

Jose. Si, señor; y se pueden
asegurar que el otro es
feminismo.

Ludgero. Si el preso tan
espiritual como yo no te
podria avanzar.

Jose. Ni yo tampoco lo
avanzaba.

Ludgero. El fumo cigarros tan
femenino como los tuyos femeninos.

José. En algunos que el fama no
se pueden comparar con 2959.
los de ed con filipinas, los
año en delitamos de la Habana,
Suiza. Tanto mejor por
ti. 'No gustó de la mesa y
me guiso de la otra. (Mort
do el padre) Aquí tengo
mi posesión por un mes,
(Seventy and six) de la ore en un
muelle en. Espinosa. (Dove
coloca el profecto, a la una con
sola) Por lo que vea, tu amor
no está en casa?

José. No, señor.

Ludgero. Si es bien educado no
debe de tardar. Escribíme
que me diese una vuelta hacia
aquí cuando viniera a la Ciudad
porque deseaba lo verme una
consulta.

José. Bien vi que Ud quería por
ser consultado. Pero consulte
a mi señor amor o a la
esperando el primer fin
venida.

Hudgero de pudiese que me viera
y en la respuesta que doy a los
dos estaría aquí. Quipaltou
so el valor) La son los dos y
cericos)

Escena IV.

Dichos, Nelson, y después Blene
Nelson (entrando por el fondo)
Su reloj está cinco minutos
adelantado, cuando Ludgero.
El mío está bien: lo puse con
el reloj del Ministerio de la
Información.

Blene (entrando en la puerta, apor-
te) Es su voz! Es él!

Ludgero. Minuto mes o minuto
menos, no parece ser: voto
/ Después destrachar con su voz
a Nelson. Voto a Dios que
Nelson (a Jose) Vete allá
dentro! Tri sale por la puerta
del segundo tercio echando
una mirada a la de la alerta
donde está Blene, le vanse los
cojos y la bondad. Portomene
de la... mo. Id

vive con ellos, en la España.
Pam es ella se precisamente de
entres... y luego, la cantidad de
de de cantidad de... Por eso me
he atenido a poder de...
ese por a...

2960

Judges. Esido muy bien; no to
go propio por donde. Soy un
saltamontes. Vivo de las
ventas, me escaparon de
mi juventud tempestuosa
mi otra ocupación que fuma
y leer a Balzac.

Nelson (cotejando la una
silla junto a la mesa) Es un
autor favorito?

Judges. El favorito, no; el único.
Balzac es suficiente para
todas las existencias de un
lector. En su obra están com-
prendidas, no solo todas las
pasiones de la sociedad moder-
na, sino las de todo el género
humano. Hecho leído
aquellos cien volúmenes
no se cuenta veces. Siempre

que llevo al cuerpo de nuevo
saludables del primero, y
me levanto de nuevo a él
con curiosidad y satisfacción.
Se bastará a Balboa veinte
años para escribir todo
aquello: a los simples nava-
les como nosotros, quan-
do Nelson, son necesarios
cien años para leerlos. ¿Es
poco al fin? ¿me dejas
de mí? (Se cuentan, dehen-
do quedar Nelson los años
cerca posible de Elena. Se
continúa escribiendo)

Nelson. Yo sé que Vd es uno
de los hombres que me han
viajado, que he girado
el mundo. Sé que en
su juventud fue Vd mis-
mo a bordo de los buques
de tempestades, tuvo
un número inculcable
de aventuras, corrientes,
y es conocido por todos.
Quiero saber de sus aventuras

en cuestiones de amor. Se
kambien fue muchas jóvenes
proo experimentado, reu-
rnen a Vd. y a sus enseña-
2961
y en esto tan oportunos y tan
discretos que guies a ellos
algunos cuantos pretendian.
Pues bien, frasson la vija
amistad que le hizo a mi
prode y en la bondad
en que Vd. siempre me
trató, quien yo tambien con-
sultarle sobre un caso muy
delicado.

Ludgero. Un caso de amor?

Nelme. Si, un caso de amor.

Ludgero. Reajeran lo que
le dijere pero yo era un
oraculo. Alguna experian-
cia, no si; tempo, por pre-
toda mi vida resendi-
a "obra de femine". Las
mujeres me costaron mu-
cho para que no me dejasen,
por lo menos, el orgullo y
la consolacion de haber con-

ciudadanos... Pero no pienso
ellos, fue Palmer, en prin-
cipal, el que hizo de
mí, no un orador, mas
de un modesto conferencista
algo abispado. Expóngame
su caso.

Nelson des de antea me
quería verme este verdadero
N. Capadocia.

Ludger. No es su padaria.
Entre asuntos por su inter-
venir me interesa que los
movimientos de la
telefonía sin hilos.

Nelson. Entonces, en cuando
un cigarro para que me
pueda oír en una paian-
cia. (Se ofrece una caja
de cigarros)

Ludger. (tomando uno)

Acepto, por favor me da
solo forma de trabajo
y de ideas.

Nelson Long 2000 h.

Ludger 1000 h. inada.

Nelson. Ah! (murmuran los chicos)
y furran)

Ludgers. Brevemente...
teme...

AYUT.º 2962

F. VILLAESPEÑA

Donación: A. MORENO

Nelson. Hace tres años voy al
manejo de una señora viuda,
distinguidísima, bien educada.
Quiero decir en estos casos. ¿Le
debo hacer?

Glenn (comiendo el resto) Oh!...

Ludgers. Es la primera vez
que soy consultado en este
sentido. Ostinadamente reu-
nen a mi experiencia los
que desean, no decir, ni no
empezar... Es irridiculous
ante que nada, un caso de
motivos de que disgusta. Tiene
ellos de ello?

Nelson. Celos? Oh, si la conoces,
Es un modelo de dulzura, de
fidelidad y de constancia.

Ludgers. Entre algunos
particularidades que la he
de ese modelo... ¿quiere decir
algunas antipatías, alguna

defectos físicos... por ejemplo,
el mal aliento?
Nelson. Por amor de Dios! Es
una mujer sana, sencilla, tra-
gante a veces!
Sudgers. Entonces, ¿es fati-
gosa? ¿Hea? Una de las cosas
más bonitas de Madrid.
Sudgers. ¿Tiene mal humor?
Nelson. Una palomita en la
Sudgers. ¿Entonces es tan
vanidosa, presumida, bruta?
Nelson (interrompiéndole) Hea
de eso. Es una mujer deli-
ciosamente espiritual y
y como yo le dije antes,
es muy inteligente, educada.
Sudgers. ¿Es beata? ¿Ador-
a meliada en las iglesias? ¿Pa-
sa la hora, volando, re-
sando en un coetán?
Nelson. Ahí no, va a ir mi-
ra la televisión.
Sudgers. Tal vez abuse del
piano y lo use para...
Nelson. No cuenta... tiene el piano.

Mos no abusa. Digle mos, es
una maravilla en el espíritu
de Chopin. 2963

Sudgero, Vd. gusta de oír mu-
jer?

Nelson, De jóno pue no.

Sudgero, Bien. Ya se lo pue es-
co. Mi amigo la aborreo por
que no le cuenta defectos. Es
breve de mos.

Nelson, Quiera oír.

Gloria (aportez aporriando y
deraparrando) Ah.

Nelson, El coro es que ya es le-
so, duran con una mos de
lo que debían. Ureque acobor-
en ellos. La viuda tiene una
hijita que aun que está
en la edad en que se muere
sin ver, mas empiezan
a crecer a oír vistas, y
es conveniente hacer algo
por que antes tarde no haga
enroscarse a su madre.

Sudgero, Eso es, a lo que
pueda de lo que se que se

¿suplente de veros de la vida?
El amor me conoce es mi
punto mi conveniencia.

Nelson. Además soy joven
tengo un gran horizonte
delante de mí. Empiezo
ahora mi carrera de abo-
gado. Estos largos períodos
sensiblemente amenoraron
mi poder.

Ledger. Vaya por ahí. Lo
que le cupiste es un prove-
nir y no la criatura la.
Muy, digamos: tiene la segun-
dad, la seguridad absoluta
ita, de un mujer por lo efec-
tivamente todos en perfección
no?

Nelson. Si no es la más perfec-
ta, o la menos imperfecta
de todas las mujeres que
he conocido.

Ledger. Pues tenga cuidado,
mi amigo. Muchas veces
fueron los sentimientos de

una cosa, y la otra es otra muy
diversa. Por ejemplo: este cigarro
no puro, que va por los caminos
si fuera de la Habana, es una
mistificación es condolerse y
no tener de la Habana sino
el nombre. (Levántase y toma
el cigarro por la ventanilla)
Nelson (levantándose también)
Pues aquí lo pague en buen
precio.

Ludgero. ¿Los mujeres, esas
son muy fácilmente que
los cigarros.

Nelson. Afirmele que la mujer
de que se trata es excepcional.

Ludgero. ¿Ud. quiere verse
libre de ella?

Nelson. Lo quiero.

Ludgero. ¿es un vasallaje
irrevocable?

Nelson. Irrevocable?

Ludgero. ¿Que con una cosa
En fin... solo hay un medio
de conseguirlo, y es de ser
un medio bastante, pero...

Nelson. Cual?
Judgers. ~~Quiere!~~ Desaparecer.
Nelson. Ella ira a buscarme
a cualquier lado donde vaya.
Judgers. No cabe duda; mas
hagase invisible, vengase ~~los~~
dias al extranjero, y regrese.
Naturalmente aparecerá en
seguida y le preguntará
en terminos asperos, o santos,
los motivos de su partida.
Sencero, entonces, de valor
y responde lo siguiente: "En
vista de un hecho que llefó
a mi conocimiento, nada
mas puede haber de co-
mun entre nosotros. No me
pide explicaciones, meta la
mano en su conciencia y
mida la extension de mi
resentimiento".

Nelson. ¿Si ella aparece
antes que yo desaparezca?
Hace cuatro dias que no
voy a verla. Espero que de un
momento a otro surja por

aquí. Me admira que ya no
haya venido.

2965

Sudgers. ¿Ella no le escribió?

Nelson. No hay nada en este mun-
do que le obligue a escribir
una carta a su amante, ni
aun una tarjeta. Es un siste-
ma que adoptó, y en el cual
no cede, pues es lo que su-
cede.

Sudgers. Decididamente esa
mujer es un ave fénix. Yo, en mi
caso, la metía en una red-
ma.

Nelson. Mas, digame ¿a ella
apareció ante, de mi vida?

Sudgers. Le arrojó al viento
las ^{primeras} conversaciones, en vista
de un hecho que llegó a
mi conocimiento...

Nelson (interrompiéndole) Mas
¿qué hecho? No le diga ya que
es modelo de fidelidad...

Sudgers (mirando) Mi joven
amigo; debo por decirle algo im-
portante. Un bello día...

que le digo: no hay mujer, por
mis virtudes que sea, por amor
amante, que no tenga alguna
cosa de que la acuse la con-
ciencia. Su bella vida, el
pasar de las experiencias de
muñecas lo contrario, no
puedo, no debe escapar a la
ley común. Debe por lo
se reflexion positivamente
categoricamente, a un hecho
siempre rodeado por hechos
se, ella quedará persuadi-
da de que su amante es
un muchacho de alguna
hecho su paso y que los
problemas jurídicos en el
por siempre en el velo
del más impenetrable
terro.

Nelson, más aun cuando ella
tenga algún pedregallo en
la conciencia le juro que no
lo tiene) en entera posesión
tará en su momento y se
exigirá que ponga los apuntes,

Sobre los esp... Me de fueres y me
yo le declare el hecho a mi abu
do... Y, vamos a ver! Como au
sur la ou consentir que se
defienda?

2966

Ludgers, Ah, señor Junisconsult,
si pretende aplicar normas ju-
ridicas a este asunto, este va
avariado... La jurisprudencia
en el amor es un absurdo.

Acuse, retirese, y no se
meta en explicaciones. Se
garantizo que el exito es se-
guro, tanto mas... y per-
done este pequeño ataque a
su amor propio - cuando
veelo que ella sera tan in-
cente como mis cigarros son
de la Habana. (Levanta a buscar
su sombrero y su baston) Y,
en esta, adios! Diga mi
enredo y deme noticias su-
yas... (Le tiende la mano)

Nelson. (Apretandola) Adios, y
mucho agradecido. Voy a acom-
pañarlo hasta la casa de su...

Sudgers, lo que es probable, no
se acuerda.
Nelson (mirándose) no faltaba
más... no faltaba nada. (Salen
ambos por la puerta del fondo)

Elena (saliendo a escena) Ahí
m, mortos!... Es preciso que
el tra me vea. Quiero demon-
strar a estos señores que yo
también lei "La Comedia
Humana" de Balzac. (Escon-
dese detrás de uno de los
puertos del fondo)

Nelson (desde el corredor) A-
dieu, Mercedero, y de nuevo
le repito las gracias! (Vuelve
preocupado sin ver Elena, y
este sale rapidísimamente por
la puerta del fondo, encuentro
el se dirige hacia la mesa)

Escena V.

Nelson y después Foré
Nelson. En vista de un hecho
que llega a mi conocimiento
nada más puede haber de común

entre nosotros! No me pida
explicaciones: métale mano
en su conciencia y 2967
extensión de mi resentimiento.

Así solo, sin estar ella delante
de mí, es fácil; mas decir es-
tas a una señora de la que
nada se sospecha... ¿es realme-
te? ... Ha comido? Como es pro-
pósito? ... Decididamente me
va a faltar valor. (Con una
idea) Voy a escribirle? e
efecto sería el mismo (Se re-
ta a la mesa y se dispone a es-
cribir. Toma el tintero. Mueve
el plumero, y para el papel
esto, y entre José)

Nelson. Nadie vino a buscarme
mientras estubo fuera?

José (Después de dar un golpe
a la puerta de la alcoba) Nadie
Nelson Cierra aquella puerta.

José (Después de cerrar la puer-
ta repentinamente) ¿Qué
el señor se dejó el... (se
cruza) El señor... (se cruza)

dejo aquí olvidadas estas cosas
de cigarros.

Nelson. ¿Como sabes que son
cigarros?

José. El lo dijo.

Nelson. ¿Le conoces?

José. Que el quien me trajo
a este ind.

Nelson. Es un buen sujeto!

José. Magnífico.

Nelson. Muy aficionado a
las mujeres, no?

José. ¡Claro! de lo que qui
eren.

Nelson. De veras?

José. ¿Fue una de ellas
quien le hizo senador.

Nelson. ¿Ella, que decía?

José. Fue la concubina que le
sirvió para atorgarle sus
favores. Me parece aun estar
oyéndole: - ¡Eh! prendo ludá
nito, mientras, no seas sena
dor no me tuya! Antes de
un mes, aprovechando una elec
ción, el festivo de San John.

no su seguridad, y obtubo un
puesto en alta Cámara. 2968
Nelson. Esto bien, mas insistido
chacharos. Anda y ve si lo alcan-
zas... Debe ir a tomar el tranvia
para su casa... Esos cigarros
pueden hacerle falta.

José. Voy al momento.
(Va a abrir la puerta del
puerto)

Nelson. Por ahino... Sal por
la puerta del servicio al do-
ñale por la puerta del segun-
do termino de la derecha.

Escena VI.

Nelson y después lleva
Nelson (tomando la pluma
y escribiendo) Señora; a la
vista de un hecho... (toca
la campanilla) Debe ser el
senador que vuelve a bus-
car sus cigarros. ¿Yo me
debo molestar llevar un
cigarro? (Levantase y va a
abrir la puerta. Entra Ne-
ne)

Gloria (entrando impetuosamente) ¡oh, Nelson! Amor mío, ¿que pudiese decir esto? Hace cuatro días que no te veo... y es la primera vez en tres años, que tu ausencia es tan prolongada. Dime, amor mío ¿que tienes tú? Porque me recibes con tanta frialdad? ¿Que te pasa? ¿Se han dicho algo mal de mí? ¿Fui víctima de alguna intriga?... Porque te calles?... Porque me recibas así?... ¿Y no me amas?... Habla, por Dios, Nelson! (Pausa) Ese silencio (con un pato) ah, todos los abismos! Amas a otro! Nelson (con un gran esfuerzo) a la vista de un hecho que afecta mi conciencia, ya no sé más, puedo haber de cometer un error.

Elena. ¿Que hecho?

Nelson: No supe. 2969
ciones.

AYUT. ALMERIA

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

Elena. Nunca me enteré
de derecho de pedirte, ni
de exhortarlas.

Nelson. Mete la mano en
su conciencia y mide la
extensión de mi resentimien-
to. (Alejándose)

Elena. ¿Estoy perdida? El
miserable me guarda el
secreto!... (Se senta
en una silla cubriendo el
rostro con las manos)

Nelson. (En un impulso de sobre-
salto) El miserable!... ¿Que
miserable?

Elena. ¿Por qué sabes por qué es,
pero ya veo que nada igno-
ras. (Levantándose) ¡Ah! Es
razón. Nelson, nada puede ha-
ber ya de común entre
nosotros. A pesar de respetar
la delicadeza de tu posición.

tos. (Dirigese hacia la puerta
del fondo)

Nelson. Oye, Elena!

Elena. No puedes ir andando
te juro, como ultimo favor,
para no me insultes. Yo es-
taba en la dulce persuasión
de que todas las ignorancias
de que jamás vendrían a
embarcar una debilidad mía
que tan desgraciada me
hace, porque abre un abis-
mo entre nosotros. Veo que
el criome fue evidente y
que hizo mayor a tus ojos
la noticia de una vergen-
rosa aventura a la que fui
prometida en un momento
de desvarío, y de la cual
me arrepiento amargamen-
te. ¡Que fatalidad! (Dirigese
que llora y solloza) ¡Oh, yo
debía haber adivinado que
todo lo estaba. Tu ausen-
cia fue tan significativa.

y. yo, loen, en la república estupe-
da de que aun podria haber
un ignominia! (Con un so-
lloso.) Adios, adios!
Nelson. eton, ven aun... Quiero
saber...

Helen. Saber que, si todo
lo orbes ya? Que resultados
de cualquier explicacion
entre nosotros? Tu perdona
me, no; no me perdones, Nelson
porque tu perdona iria entre
tu corazon de hombre de
bien y perdonaos! (Con
otro solloso) Adios! (Se
encamina hacia la puer-
ta).

Nelson (interponiendose, con
vibrancia) Ya te dije que
quiero saber...

Helen. Si alguna cosa quie-
res saber me aun no sabes, te
entendidos que fue tu frialdad
tu alejamiento, el poco co-
no imputa al fin al amor...

te a tratarme, lo que me
determinaron a dar el mil
poro que di y que tantas lá-
grimas me ha a costar. Tu
nunca me comprendiste. Nunca
estimaste el inenapagable ten-
or que había aquí (golpear el
pecho)

Nelson (enfurecido) ¿Entonces
era cierto? ¿Perteneciste a otro
hombre?

Helen (con dulzura) Si ya tan
fría, tan tranquilamente
me lo dijiste, porque lo repite-
tes ahora con tanta vehemencia
no podemos irritarnos el uno
contra el otro. Sepárense, nos
cruza dos buenos amigos. con
un apretón de manos. (Se apri-
eta la mano. Bon la mano en la
suya) Adios! Acuérdate de
la infeliz Helen, que te ama
aun como siempre. Te amo, mas
no intento, nunca volverla
a ver. No es digna de ti. (Chor-

contorne nos a Nelson, seu filho
le novo) Si il grande 2971. Guardas.
me peca a vossa roquette, pas-
da, que te amale a segunda
de sua desde aboz em vida
da a ser em inferno de
recondimento, de sanda-
de. Adin para sempre!

Nelson (abismado) No, no; me
galdos de aqui seu pai me
digo, ante, el nome de
ese hombre.

Elena (tranquilamente) Pues
nido saber.

Nelson (furioso) No lo sé... Que-
ria probarte... y no imagina-
ba.

Elena (buzca de dolor)
Proba, me! No comprendo! Si
nada sé, por que me tan-
darte al otro culpado? Y
fue culpa? te pregunté ya
ahora. Tienes, acaso, mas dere-
chos sobre mi que cualquier
otro hombre?

como los peyons? No rechuse
la mano de esposo por un oficio.
Sabes tú si en ese otro hombre
encuentra mas sollicitud, mas
delicadesa y mas amor que
en ti? Quisiera que aquel acercase
ahí? Por tí quisiera que la sociedad
sacrificase, tal vez, el porvenir
de mi hijo, y enterrase mi fe-
rentud, porque me imagine que
tu amor me compensase de
todo eso. Cual fue la compensa-
ción? Este ardido niño que de-
viviré en un hombre! Pues,
bien, Nelson, era hombre joven
y tu nunca sabrás quien es. A
dónde (dirigiéndose al padre)
Nelson (suspirando) Ahí!
Glenn, díme el nombre de
tu amante.

Glenn. ¡Callate! No de-
ciéndome nada más.

Nelson. (trouetico y apenado)
Desciendo, descendo, quiero des-
cender, descender mucho con tal
que tú me permitas.

de mi el juicio que me das... de
precioso como el oro... 2972
de los hombres... mas, en terrible
confesion ha hecho que mi amor
extinto despierte mas violento, mas
insistioso por vencer!

Glena (quitando de pronto la mano
de los brazos de Nelson); ¡Déjame,
Nelson, déjame! Nelson, a mi amor le faltan
estos celos! Yo te amo, pero de lo que te amo, profu-
namente me pasas con tus
bellezas, porque yo no se-
duciendo asi.

Glena! No, déjame, déjame! No
soy digna de ti!

Nelson. ¡Oh, calla, mi amor
mi alma, mi Glena!... te
perdono... Te amo!... te adoro!

Glena. Entonces, si realmente
me amas, si me adoras, tu
eres quien eres digno de
mi! (Desprentese de los bra-
zos de Nelson. Voz fuera de

Nelson (yendo a buscarla) Ven acá...
¡ay!... no soy yo quien te perdona...
eres tú quien me perdona a mí; el
indigno soy yo. (Elena finge que
llora) No llores... Siéntate aquí, junto
a mí, y conversemos tranquilamen-
te. (La hace sentarse en la poltrona
mayor y al sentarse a su lado, como ella
Elena) (enfrijolándose los labios, trágica)
Nada de esto sucedería si nos hubie-
ramos casado!...

Nelson, tú no quisiste...

Elena, si yo fuera tu mujer no
te engañaría...

Nelson, Ahn estas a tiempo de
serlo.

Elena, Oh, Nelson!

Nelson, Te amo, ¿me amas? ¿que
no importó el resto?

Elena, No, no; tú no me puedes
amar como antes...

Nelson, Te amo con todas las pasiones
con mis fuerzas. (La cubre de besos: en-
tra él y se cubre con la mano los
ojos)

Escena VII

José. Ah.

2973

Nelson y Elena. Ah! Ah!
Nelson (levantándose) ¿Que es eso? ¿Ve-
nes los manos en la oja?

José. No cuenta al revés... y vuelvo
en la oja, etc.

Nelson. Pues queridos, alla dentro
siempre a la tarde iras a llevar
los a casa.

José (aparte) Un par de besos
rápidos, que felicidad! (Sale por
la puerta del segundo término.
Nelson vuelve a sentarse donde estaba
al lado de Elena)

Elena. ¿Entonces, entonces, ¿me ya
sea tu mujer?

Nelson. Es el único modo de ser
felices; es la mayor prueba
de amor que podemos darnos el
uno al otro.

Elena. Te casarás solo una vez
más.

Nelson. Sí.

Elena. Pero, ¿y bajo ningún
pretexto, me pedirá explicaciones
sobre el pasado... ni pedirá que
sea tu mujer.

Nelson. Permites, entones, en ocul-
tarme?...
11

Elena. Permite... (se levanta)

Nelson. (levantándose), ¡Sea!

— Escena VIII

Nelson, Ludgero y Elena

Ludgero. (Entrando) Con permisi-
ón... Deje aquí mis cigarrillos. (Ve-
nidos a Elena, sorprendido) Oh,
señor Dña. Elena, ¿Vd. aquí?

Nelson. Se acuerda Vds.?

Elena. Sí, se acuerda mucho a usted. El
señor fue muy amigo de mi
padre....

Nelson. Y también del mío.
¡Que coincidencia!

Ludgero. Coincidencia, porque

Nelson. Porque somos amigos.

Ludgero. ¿Verdadero?

Nelson. Acabamos de celebrar
nuestro casamiento..

Ludgero. Permites, muchos permi-
tes... ¿Mis mis cigarrillos?... Ten-
go por... El truco solo de...
de...
Nelson...
Ludgero...

aba a escondir em el 29/7/4

Escena IX

Blanca, Ludgero, después Helma y Hércules.

Blanca. Aquí está en lo que acab
an sus consejos, señor oráculo.
Ludgero. Advócaseis?

Blanca. Yo soy el ferris, la mu
jer ideal de quien se quería
verse libre, y lo vi todo desde
allí, donde estaba escondida
Dora, no obstante su implacabi
lidad para los pobres muje
res, que nunca tuvo otro
avante... Por lo dije a él
de intrusión. Confesóseme
culpa por una terna, porque solo
así conseguía sus conquistas, re
aprovechó Dora siempre.

Ludgero. Blanca, ahora el caso
muy importante ya está concertado,
y es preciso decir la verdad
al pobre muchacho.

Blanca. Ahora tarde, o tal vez
nunca. Ese hombre, que él
no sabe lo que es, sin duda

Exposición de 1929

2975

Jose Capote, Museo de la
caja, alba, tranquilidad

Exposición

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA
Donación: A. MORENO

Wongpana 20 de
Febrero

1929



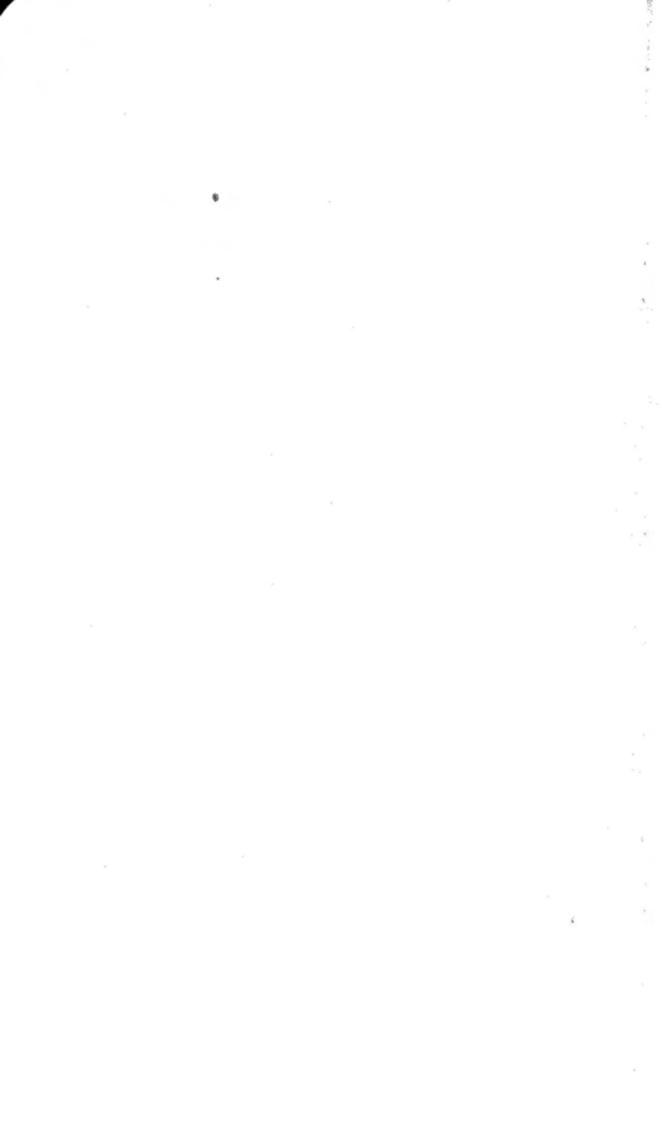
- El Intruso (Guillermo Uetlo)
- El Oráculo (Arturo Arcevedo)

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPESA

Donación: A. MORENO

2976



2977

